

ct

# Zenobia

de  
Juan García Larrondo

*(fragmento)*

## DRAMATIS PERSONAE

*Personajes Reales:*

ZENOBIA, *reina de Palmira.*

UN ÁNGEL *de la Muerte o el Arcángel San Miguel.*

DOS ÁNGELES *de Dios.*

LUZBEL, *Ángel Caído, "Helel Ben Shahar".*

LOS VENCIDOS, *galería de la miseria humana.*

*Personajes del Recuerdo:*

EL PREFECTO *Marcelino.*

SOLDADOS ROMANOS.

ZABDA, *lugarteniente de Palmira.*

LONGINO, *filósofo de la corte de Zenobia.*

EL SÉQUITO *de Zenobia.*

LOS HIJOS *de Zenobia.*

VABALLAT, *príncipe de Palmira.*

UN LEGADO ROMANO.

UNOS ESCLAVOS.

UNOS ANIMALES.

LA MUCHEDUMBRE.

AURELIANO, *emperador de Roma, "Restitutor Orbis".*

EL SÉQUITO *de Aureliano.*

*Personajes Contemporáneos:*

UNOS SOLDADOS, *o guerrilleros.*

UN GENERAL.

UNA MUJER MILITAR.

*Obra atemporal que pretende ser un diálogo sobre el poder y la fugacidad de la existencia. En ningún momento Teatro Histórico. Abierta a una sensible interpretación y a una muy libre recreación escénica. Los mitos reflejados tienen su origen en el mundo hebreo, fenicio y arameo. Las citas bíblicas pertenecen, en su mayoría, al Apocalipsis.*

*Tinieblas. Emesa -Homs actual- Siria. Año 273. Proceso contra la reina ZENOBIA. Cuando se hace la luz, la rea aparece sentada y cabizbaja. Presenta señales de tortura y unas largas cadenas que, desde sus manos, se extienden cubriendo todo el suelo del escenario con un mar de esclavitud. Al fondo parece distinguirse un muro, aunque más bien podría ser la inmensidad. Desde las alturas, un hermoso ÁNGEL observa la brevedad de la existencia mientras tensa el otro extremo de las cadenas. Entran de la nada DOS SOLDADOS romanos que se sitúan detrás de Zenobia. Instantes después lo hace el PREFECTO Marcelino que rodea y observa a la cautiva en silencio. Lejos se oye la repetitiva estrofa de una mujer que canta versos de amor, hasta que su voz es ahogada por el temblor de unos tambores de guerra. Se retiran lentamente las tinieblas y comienza la creación...*

ZENOBIA

*(Susurra varias veces en su lengua).* Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del universo...

PREFECTO

*(La acecha).* Astarté. Luz. Universo. ¿No te duelen las manos de poseer tanto? ¿Acaso quieres más? ¿Más cadenas, más sufrimiento, más dolor? ¡Acabemos con esto! Ya no tiene sentido. Ahí fuera, en las calles de Emesa, celebran tu derrota y nuestra victoria, ¿no los oyes? Hablan tu lengua. Son los mismos que ayer te adoraban como reina y que, hoy, ya te han olvidado. ¿A quién crees que defiendes?

ZENOBIA

*(Perdida).* Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días... *(A una señal del Prefecto, el soldado la calla de un golpe).*

PREFECTO

Te conocemos. Roma sabe de tus engaños, de tus malas artes de hechicera y de las supersticiones de tu pueblo, pero se cansará antes tu cuerpo que la mano del verdugo, porque detrás de éste vendrá otro, y otro, y otro... *(Silencio).* Pero veo que ni quieres entenderlo ni estás dispuesta a facilitarnos las cosas. Sea. *(A su señal, los soldados vuelven a golpearla. El Prefecto intenta calmarse).* Por lo que a mí respecta podemos seguir así mil doscientos sesenta días más, si eso es lo que quieres. O también podemos parar este martirio que no conduce a nada. De ti depende. Te repito que solo quiero saber la intención del rey persa. Dime, ¿es cierto que está organizando un nuevo ejército para invadir Roma? Basta con que me describas su fuerza real, sus estrategias, vuestros acuerdos secretos y te aseguro que...

ZENOBIA

*(Exhausta. Habla ya en la lengua del Prefecto).* Y yo te repito que solo recuerdo, solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del universo...

PREFECTO

¡Puedo hacer que te tragues toda esa soberbia en un instante, maldita sea! ¡Habla!

ZENOBIA

*(Extrañamente lúcida)*. Estoy hablando, pero no me escuchas. ¿En qué lengua debo decirlo? Únicamente me ocupé la gloria de Palmira. De su desgracia sabéis vosotros más que yo.

PREFECTO

*(Ríe)*. Claro... ¿En serio esperas que piense que tras tus sueños de grandeza no existía una coalición sirio-persa para invadir Roma? ¿De veras tengo que creérmelo?

ZENOBIA

*(Sonríe)*. Deliras, Prefecto. Pierdes el tiempo.

PREFECTO

Afortunadamente, nada de lo que urdiste tuvo lugar. ¿No lo ves? Tétrico ha sido derrotado en la Galia, Palmira pronto será un recuerdo erosionado en el desierto, y Roma vuelve a ser Roma: ¡La eternidad, Zenobia! Eso es la Eternidad. Y aún más... Acuérdate de lo que digo. Quizás vivas para ver cómo las legiones romanas conquistan Ctesifonte y clavan su estandarte en el trono de Sapor. *(Zenobia, nuevamente ausente, repite la frase del principio)*. Eres absurda, ¿lo sabes?... Acaban de comunicarme que el Legado del emperador ya ha desembarcado en Antioquía, pero hasta que sepas tu condena definitiva, te aseguro que pienso hacerte tanto daño que jamás volverás a reconocer tu rostro. ¡Ni tus hijos tampoco!

ZENOBIA

¿Absurda?... Sí, yo soy la reina de los absurdos, es verdad... Quemadme por ello, pero no toques a mis hijos. Te lo advierto...

PREFECTO

¡No me amenes! ¡No puedes! *(Ríe)*. ¿Qué harás para impedirlo? ¿Maldecirme? ¡Ah, qué poca lumbre queda ya en tus ojos! Busca... sigue buscando esa luz que dices de Astarté, en el perfil del universo... ¡Vamos! ¡Búscala! A ver qué es lo que encuentras...

*(El Prefecto, entre risas, bebe y le aproxima luego el cántaro con agua a la prisionera, pero derrama el contenido ante ella con malicia. Acto seguido hace una señal a los soldados y éstos vuelven a golpearla. El ÁNGEL, desde su suprema morada, tensa las cadenas. Posee la altivez y la belleza de un Grifo mesopotámico).*

ÁNGEL

Creo que ya hemos escuchado todo lo que sabíamos y no lo que queríamos oír. Reina Zenobia, ¿tienes algo más que decir en tu defensa? *(Zenobia mira a su alrededor y calla, impotente. El Ángel resplandece)*. Desde este glorioso día y concluyendo la misión para la que fui creado, te nombro y afirmo como rehén de Roma. Tus bienes y esclavos pertenecen ya al Imperio. Tu séquito y tus ejércitos serán juzgados por la autoridad de los hombres, y ajusticiados como ordena la tradición.

ZENOBIA

*(Grita)*. ¿Por qué?

ÁNGEL

Por traición.

ZENOBIA

¿Por traición a quién? Vosotros sois los responsables de la miseria y la ruina de mi gente, de mi sueño... Me lo habéis quitado todo... Matasteis a mi esposo y a mi hijo. ¿A qué esperas, Ángel, para matarme a mí también? Si has de cortar una cabeza para calmar tu sed de castigo, sesga ya la mía. ¡Vamos! Pero deja a mi pueblo en paz.

ÁNGEL

No grites. Tuviste la oportunidad de defenderte y la despreciaste, así que recibe entonces la humillación que mereces. Vivirás como ejemplo permanente del destino que aguarda a todo aquél que levanta sus brazos contra el Imperio. El Emperador, el Senado y el Pueblo de Roma así lo mandan. Este es el deseo de Dios y la omnipotencia de su poder.

*(Breve silencio. El Ángel se apaga y desaparece, también los soldados. El Prefecto aún la observa unos instantes).*

ZENOBIA

*(Asustada).* ¡Espera! ¡Ten compasión de mí, Tánatos del mundo helado! ¡Prefecto, tu daga, te lo ruego! No me dejes vivir más...

PREFECTO

*(La admira un momento, luego sonríe).* ¡Hete ahí a la que se proclamó emperatriz invencible de Oriente! ¿No decían de ti que eras la más sabia entre los sabios? ¿Por qué no haces un truco de magia y te salvas a ti misma?

ZENOBIA

No me insultes más y dame una muerte digna...

PREFECTO

¡Mírame! ¡Vamos, mírame! ¿Ves ternura en mi cara? Muchos de mis amigos fueron torturados en tus prisiones de Palmira. Roma también es madre para sus hijos, así que no me hables de morir con dignidad...

ZENOBIA

*(Volviéndose a las tinieblas).* Todo bien para mí se ha perdido; mal, sé tú mi bien.

PREFECTO

Reconsidera tu vida, tus errores y goza al fin de esa soledad que tanto aprecias. Nos veremos de nuevo en Roma, en los reflejos del Tíber, en el desfile triunfal que ha de exhibirte por las calles ante el pueblo. Y luego, por mis dioses, espero que desaparezcas para siempre de mi mente y no vuelva a verte nunca más.

*(El Prefecto se marcha. Zenobia le sigue con la mirada, anhelante, vacía. Expulsada del paraíso, se arrodilla, tremendamente sola).*

ZENOBIA

*(Casi arrogante).* Yo, Septimia Zenobia, reina indiscutible de Palmira, emperatriz de toda la Siria, Mesopotamia y Egipto. Esposa del que fue el mejor guerrero de la Historia, mi fiel Odenato, y

madre de sus hijos, muertos o no... Recuerdo, ya solamente, una luz muy hermosa que me ofrecía Astarté, todos los días, en el perfil del Universo...

Nací en un barrio humilde, donde no se conocían las fragancias del Líbano. Yo misma hice construir, sobre aquel yermo solar, la Academia y la Biblioteca de mi reino. Renuncié a la comprensión de los ancianos de mi casa y sembré en sus huertos la cultura y la filosofía. He adorado a mis manes y les he levantado dignos templos y santuarios. Formé a mis ejércitos, multipliqué el pan y arrinconé la enfermedad hasta que no quedó ni una sola aldea en mis dominios en la que no corriera el agua fresca. Y ahora... Ahora ésa es mi sentencia de muerte... ¡Pero no la de mis hijos! *(Trata de sobreponerse)* De nada me avergüenzo. Todo lo que tengo me lo debo a mí misma. Absolutamente todo lo que he logrado, me lo merezco, pero no esta injusta penitencia. ¿Qué más da el método, si al fin se llega? Sé cómo manejar un estado y está grabada en mi corazón la ley de la vida. Ayer fui amiga y hoy soy esclava. ¡Qué gran farsa! Para quien nunca poseyó nada, perderlo todo es sólo agua que refresca la boca y después se tira. ¡Mirad mi ocaso, hermanos de las profundidades! Pero seguiré en pie. Zenobia permanecerá inalterable al tránsito de los hombres y de las eras. Quitádmelo todo y dejadme libre. Antes de que muriera el sol de esa jornada, Zenobia volvería a ser grande y poderosa, hermosa y altiva. ¡Ay, Tiempo! Si pudiera revivir aquellos días, alteraría, sin vacilar, el orden seguido por mi vida. Untaría mi cuerpo con aceites y polvos del desierto. Me entregaría a los hombres morenos que traen en los ojos el color del río sagrado de la India y las manos heridas del trayecto de las caravanas. Sí, eso haría. Con la agilidad de una niña, hundiría a cada uno de esos hombres bajo mis piernas y, como Lilit, me convertiría en un extremo más del mismo cuerpo, recibiendo en mis entrañas jugos de mundos lejanos, leyendas de sombras y de gentes que han existido desde siempre en mi imaginación. De ninguna manera volvería a pertenecer a un sólo hombre, ni a un sólo Dios, ni a un sólo reino. Sería una mujer libre, deseosa únicamente del placer y el gozo de vivir. No necesitaría más que los ojos bien abiertos y el mundo y las estrellas abrigándome entera. ¡Sí! Nunca más un ideal, nunca más la tristeza, ni la guerra, ni la codicia. Sólo conmigo el genio divino de la maleza, el murmullo de la brisa, y la arena mojada como lecho de muerte, para no perder nunca la perspectiva de todo lo que me pertenece y me rodea...

*(Susurra el viento de los océanos. Resplandece LUZBEL, que llega con la brisa. Se conmueven todos los órdenes ante el ave más bella de la Creación).*

LUZBEL

¡Pobre Zenobia, antaño hermosa y hoy, abandonada y marchita!

ZENOBIA

¡Luzbel! A veces tus besos son crueles, hermano del Tártaro. Ten compasión, Dios de los cielos, y perdona mi indolencia y mi desesperación.

LUZBEL

*(Casi obsceno, juega entre las cadenas).* ¡Poder! ¡Poder! ¿Quién menciona, sino tú, el enigma del poder? Escucha, reina instruida. Si pudieras revivir, como dices, aquellos días de juventud, no sólo te entregarías a los hombres, mujeres y fieras del desierto, sino que serías la mayor ramera de todo Oriente, y acabarías tus días como alcahueta del más hediondo prostíbulo de Ugarit, Antioquía, Palmira o quién sabe si de la mismísima Roma. *(Zenobia sonrío. Luzbel la atraviesa con sus ojos de lobo).* Pero serías tan sólo mía y, tu lengua, mi húmedo lecho de muerte. Amada alma, amiga alma... ¿Te da lástima no haber sabido comprender nunca el verdadero misterio del poder?

ZENOBIA

Apenas recuerdo nada de la infancia. Imposible reconstruir, inútil juzgar si fue feliz o triste. Se quemó muchas veces mi piel con la arena del desierto y la primera vez que, desde los árboles, vi el azul del mar dibujarse tras las ocres haciendas de Sidón, me subió por los recién nacidos pechos, el olor de las algas y la salmuera. Allí conocí y me entregué a la sagrada morada de Astarté y, a su servicio, un día de lluvia, grandes dolores e ignorancias, una sacerdotisa me desveló que ya era mujer fértil.

Teníamos una mula roja y varios perros...

LUZBEL

*(Postrado como una esfinge)*. Domini Canem...

ZENOBIA

También tenía hermanos, pero no recuerdo cuántos ni cuáles eran sus nombres. Por aquellos días yo ordeñaba las cabras de un rico judío, mientras que su mujer me enseñaba las tareas que las crías destinadas a ser esclavas debíamos aprender. En la noche que aquel anciano de brillantes ojos y hedor inolvidable profanó con su poder mi cuerpo intacto, comprendí que aquello era lo único que recibiría en adelante de los hombres. Sin embargo, mientras pude, saqué provecho de aquel "idilio" obteniendo regalos a cambio de retozar con él a escondidas de su esposa. *(Luzbel asiente y se lame, infantil)*. Aquel viejo baboso se encaprichó conmigo. Al principio era sólo un juego, más tarde se convirtió en una disciplina de supervivencia. Mis hermanos y yo empezamos a vestir entonces nuestros cuerpos del más blanco lino, y por fin, abundaron en nuestra casa la leche tibia, el trigo y las especias que, a menudo, traían al puerto los hombres rubios del otro lado del mar. Obligué a mis hermanas a hacer lo mismo con algunos ricos comerciantes de los alrededores. Después de morir aquella a la que llamábamos madre, asumí su papel de dueña de las cabras y del resto de las fieras, así como de las pocas joyas que dejó la muerta. ¡Inmensa dote! Hasta de la miseria he sido reina. Un día, atraída por los gritos, vi salir a varios soldados romanos de la casa de mis amos. Entre ellos había uno muy hermoso; un centurión al que yo conocía y adoraba en silencio desde hacía algún tiempo sin que él, por supuesto, hubiese reparado nunca en mí. Vi sus manos viriles, tantas veces soñadas en secreto, cubiertas de sangre, y su coraza, bruñida con delirantes relieves, también empapada de la sangre de aquel matrimonio que había caído en desgracia. Observé a escondidas cómo sesgaron sus gargantas y no hice nada para socorrerles. Una vez sola, entré en la casa, robé todo cuanto mis diminutas manos abarcaron y salí corriendo sin parar, sin mirar nunca hacia atrás. Creo que, cuando me detuve, ya estaba sentada en el trono de Palmira. Nunca he conseguido olvidar el rostro de aquel soldado al que tanto amé y al que nunca juzgué por la crueldad de sus actos. De hecho, su cara es lo que mejor recuerdo de aquella horrible noche. Hoy, su efigie está en las monedas de su reino y mi perfil en las del mío. Hoy él es Aureliano, emperador de Roma, y es él quien ahora me juzga a mí. Dime, entonces, si no conozco el misterio del poder.

LUZBEL

*(Adorándola)*. Yo estaba allí, y te vi, y te amaba igual o más de lo que me amabas tú a mí.

ZENOBIA

No juegues más con mis tristezas y déjame para mí sola la caída.

LUZBEL

Todo estaba escrito, aun antes de que cuidaras mis rebaños en aquel tibio establo de Sidón. Fui yo el

anciano que te despojó de tu immaculado ensueño. Y era yo también aquel romano que idolatrabas de manera tan imposible. *(Mostrándoselas)* Eran estas las manos que soñaste, la misma faz ensangrentada, ¿no la reconoces? Yo era también la esposa que te enseñaba a bordar y a la que tan mal serviste luego con tu engaño. Yo era tu madre, tu hermano, tu hermana, tu perro sin señor y la cabra que ordeñabas con aquellos dedos lascivos y obedientes. Yo era la sangre resbalada entre tus piernas y la propia Astarté a la que suplicabas desde niña: “¡Dame todo el poder! ¡Dame el poder!” Yo ya no soy otro más que tú misma. Y eso lo has sabido siempre.

ZENOBIA

Dime entonces con lentitud, amado amigo, si estamos hechos de la misma esencia ¿qué es más infinito, el amor o el deseo?

LUZBEL

¿Por qué preguntas si conoces la respuesta?

ZENOBIA

Porque me gusta tu voz, tu mueca de león herido. En el aroma de tu aliento está la esperanza, la llegada de la muerte. Cuéntame, Luzbel. Repíteme hasta el final la historia de mi ocaso y de mi grandeza.

*(El símbolo de Luzbel cobra vida. Se ilumina la cúpula del Averno, y el Ángel Caído, por fin, se expresa en toda su belleza)...*